

te como preservativo de la medicina; lo cual demuestra que la idea de *prevenir* y no *reprimir* es vieja como el mundo. Si leemos los códigos religiosos, de venerable origen, las leyes de Manú y nuestros libros bíblicos, los encontramos atestados de preceptos de higiene. Los médicos saben muy bien que Moisés entendía á maravilla el modo de precaverse de las enfermedades cutáneas, en aquel ardiente clima y dado aquel régimen alimenticio. A los israelitas, y en general á los pueblos de raza semítica, les conviene el baño como el pan, y no se bañarían casi nunca, porque eran sucios entonces, si su religión no les prescribiese las frecuentes abluciones, que á falta de agua realizaban con el polvo del desierto. Una gente que no gastaba ropa interior, tenía que bañarse doblemente á menudo, y los legisladores y profetas lo comprendieron así. La lepra y la sarna, terribles azotes de los pueblos errantes por la abrasada extensión de arena del desierto, disminuyeron cuando Israel fijó sus tiendas y se habituó á las delicias del baño. Lo mismo sucedió en la India. El baño era cosa sagrada y devota, pero tan agradable, que por fuerza tenía que convertirse en placer á la larga.

Los griegos, tan radicales y tan humanos en todo, empezaron por el principio: desde el primer momento declararon que era placer, y de los mayores, y además una especie de obligación, impuesta por el respeto que el hombre debe á su cuerpo, á la belleza de las formas. Porque la higiene — para aquella raza tan culta — se confundía, más que con la moral, con la estética. Era fea la suciedad, y por eso la reprobaban y aborrecían. El agua contribuía á purificar la línea y á robustecer el organismo. El membrudo atleta, el púgil, el discóbolo, no se concebían sino bien bañados, ungidos de aceite, flexibles y robustos á la par. Y los romanos heredaron algo de este criterio, con mayor refinamiento, poniendo á la higiene al servicio del deleite, del lujo y del egoísta goce. Las magníficas ruinas de las Termas me parecieron, cuando estuve en Roma, de lo más imponente y serio entre lo mucho que queda en pie todavía de la grandeza romana; y Agripa, fundando las primeras y legándolas al pueblo, un hombre más adelantado y racional que la mayor parte de los bienhechores modernos. Al fundarse unas nuevas Termas, el esplendor iba en aumento. Las de Diocleciano eran mejores que las de Tito, las de Tito fueron superiores á las de Agripa; pero las de Caracalla sobrepujaron en fausto á todas las anteriores. En ellas había — como consecuencia del concepto de identidad entre Minerva é Higia — una galería destinada especialmente á que, en espera del baño ó descansando de él, conversasen ó departiesen doctos, literatos y filósofos: detalle que he oído comentar maliciosamente, diciendo que no vendría mal hoy el habituar á los sabios á estas discusiones balnearias, y de paso al exquisito aseo que sin duda las acompañaba.

Contenían también las Termas de Caracalla lugares á propósito para toda clase de sports, gimnasia, juegos, lucha, ejercicios corporales; y en las cámaras destinadas al baño se podía disfrutar cualquier grado de temperatura,

desde el ardiente hasta el helado polo...

y cuantas especies de fricciones, amasaduras, vapuleos y azotainas recomienda la ciencia para que el baño tonifique y haga entrar en reacción la piel. He leído últimamente, no sé en qué tratado (las lecturas se devoran entre sí y confunden y borran la memoria), que la higiene ha dado en nuestro siglo pasos de gigante y que se encuentra á una altura antes desconocida. Recordando las Termas romanas me siento inclinada á creer que no es verdad. Las mejores casas de baños de París y Londres son una mísera parodia de aquellos suntuosos palacios de la higiene, en una de cuyas salas pudo erigir una basílica entera el grandioso Miguel Angel. Ni por sueños se concibe hoy cosa así. Tampoco las cloacas — recuerdo la Cloaca Máxima — han adelantado lo que razonablemente cabría esperar, dado el tiempo transcurrido y el conocimiento que hoy se tiene de los métodos de desinfección y aislamiento. Las cloacas son el reverso de la medalla en que las Termas constituyen el anverso; las cloacas — tan repugnantes — deberían ser lo primero en que pensase el legislador y el higienista. Sanear y aislar sus cloacas, el ideal de las ciudades; y la ciudad que resuelva satisfactoriamente este problema, apartará de sí las enfermedades que de pronto caen, con la solemnidad de un castigo de Dios, sobre los centros de la vida civilizada...

Hace pocas noches hallábase lleno de gente el foyer del teatro Real al terminarse la función. No necesito decir si la gente era aristocrática, si estaban bien prendidas las señoras, ni si flotarían en el aire el aroma de mil esencias delicadas y escogidas. El con-

curso se agrupaba, reía; la atmósfera era tibia; las luces se reflejaban en las estrellas y tembleques de brillantes. ¡Cuadro digno de una pluma atildada y meliflua de revistero del gran mundo! De pronto, la concurrencia empezó á dar señales de extrañeza é inquietud; unos bromeaban, otros hacían gestos de desagrado; los pañolitos de encaje, saliendo del pico del corpiño ó del recóndito bolsillo de la falda, se acercaban precipitadamente á la nariz... En pocos momentos se hizo insufrible la pestilencia, el hedor realmente capaz de producir un síncope. Era — tal se creyó, por lo menos — una ruptura de cañería, un vaho de alcantarilla que al través del piso asfixiaba y horripilaba á los elegantes favorecedores de nuestro primer escenario lírico. Espanta pensar que tan cerca, tan cerca, corren ríos de inundación, y que si los sentidos, relativamente groseros y botos, no advierten la infección cuando va algo tapada, no por eso deja de emponzoñar el aire y de insinuarse en nuestros pulmones sin que lo notemos. Mi pecho sintió una nostalgia indecible de los castaños y los balsámicos pinares de mi tierra; aquella brisa del mar, cargada de sales frescas y bienhechoras, me pareció entonces la más deliciosa de las bebidas, el alimento verdadero y puro de los dioses, los antiguos dioses enamorados de la salud.

Lo primero que habrán notado los Congresistas de Higiene es que las calles de Madrid suelen no oler bien, y que muchas apestan. Lo segundo que observarán es que las columnas indispensables son un foco de fetidez y que es preciso pasar á quince varas de distancia por no caer muerto. Lo tercero, que ciertos departamentos no menos necesarios, en las casas, están muy descuidados y hediondos. Lo cuarto... Prefiero suspender la fácil enumeración de ciertas calamidades, y no describir los puestos de frutas y legumbres al aire libre; las confiterías y pastelerías donde se reproducen á diario escenas del poema burlesco *La Mosquea*; los carros de la carne con sus sangrientos despojos balanceándose y azotando el rostro del transeunte; la mendicidad insistente y pegajosa con su exhibición de lacras y miserias fisiológicas; los grupos poco edificantes que se ven á boca de noche en las esquinas; y en fin, pongan ustedes todas las etcéteras que gusten, pues no costaría trabajo, aunque sí causaría repulsión, describir infinitos abusos muy opuestos á la higiene, pero que no hay trazas de que se corrijan ni se estirpen nunca en nuestra bendita metrópoli, que alguien llamó *La capital de la muerte*.

Si los congresistas extranjeros han venido aquí á algo más que á presenciar y aplaudir corridas de toros, no dudo que observarán con interés estas graves deficiencias de nuestra vida material, que tan hondamente repercuten en la moral y en la intelectual. También sería de desear que se fijase el Congreso en las cuestiones de indumentaria. La mujer necesita que le reformen el traje, si ha de vivir con salud, haciendo el necesario ejercicio. Me gustan mucho las faldas largas y las considero irremplazables para los salones; pero en la calle les atribuyo todo género de inconvenientes y les achaco todo linaje de perjuicios. Recogen la suciedad y los microbios, y los insinúan en el organismo; barren las basuras y las traen á casa con el mayor cuidado, como si fueran algún tesoro. Imposibilitan casi la marcha; hacen perder el uso de una mano, dejando á la mujer manca, al obligarla á alzar y sostener la falda de encima, para que al cabo y al fin siga con la de debajo evitando molestias á los barrenderos asalariados de la villa y atesorando porquerías y detritus arrojados á la vía pública. Son contrarias al pudor y decoro, pues los días de lluvia exponen á lucir más de lo preciso las extremidades. Son caras, porque siempre están rozándose y destrozándose. Son feas por lo mismo; porque se convierten con suma rapidez en pingajos detestables. Son malsanas, porque se mojan á despecho de toda precaución, y al tocar con las botas y medias las humedecen y exponen á la mujer á mil padecimientos. Son estorbosas, porque se enredan en los pies y no dejan andar. Son, en fin, por cualquier lado que se miren, una calamidad de la cual no comprendo cómo no están libres ya las infelices mujeres, cuando sería tan sencillo esgrimir la tijera y dejar las faldas á tal altura que no causen ninguno de los males que dejo indicados.

¿Se tratará de esto en el Congreso de Higiene? ¿Saldrá de él la fundación de unas Termas públicas y baratas, y una buena reforma en el alcantarillado? ¿O todo se reducirá á discursos, apretones de manos, palabreo, obsequios á eminencias, y nos quedaremos lo mismo que estamos, en igual abandono y descuido, con el Lozoya que arrastra cieno y el Manzanares que corre sobre un lecho de impurezas?

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### HIGIENE

Entre los aprestos belicosos de que estos días tanto se habla, y entre las suscripciones y funciones patrióticas para adquirir á toda prisa instrumentos de destrucción y muerte, el Congreso de Higiene es de seguro una nota curiosa por el contraste. Al lado de la humanidad deseosa de aniquilarse por medio de los fulminantes, los explosivos, los proyectiles y toda suerte de máquinas mortíferas, aparece tímidamente, como en minoría, la humanidad solícita en conservarse, en prolongar los términos de la vida, y especialmente en hacerla mejor, más grata, más noble, más dulce y llevadera para los que sufren... Y digo que aparece en minoría, porque, no cabe duda, aun sin las peculiares circunstancias que hoy por hoy nos inclinan á unir la idea de la guerra con la de la honra, la guerra es más popular que la higiene.

El nombre de la higiene suena bien, pero no despierta ningún eco misterioso y poético en nuestra imaginación ni hace vibrar ningún sentimiento en nuestro espíritu. La higiene es, sin embargo, muy antigua; por lo menos se habla de ella desde tiempos remotos. Higia, diosa de la Salud, era hija de Esculapio, dios de la Medicina, y tenía templos y altares en Grecia y Roma. Algunas veces (admiremos el profundo simbolismo de aquellas edades) se identificaba á Higia, diosa de la Salud, con Minerva, diosa de la Sabiduría, como dando á entender que lo más sabio que puede hacer el hombre, es cuidarse y mantenerse sano como una manzana... de las que no están podridas, ni agusanadas, ni secas. Las estatuas de la diosa Higia la representaban coronada, envuelta en limpia túnica, con una copa en la mano y en la copa una serpiente que bebía. La serpiente, emblema de la prudencia, era otro consejo: si eres prudente, consérvate en buen estado y disposición, bebe las aguas de la salud, que es la gran maestra de todo, hasta de moral... Y los romanos, que habían heredado las tradiciones del simbolismo griego, colocaban la estatua de Higia en el templo de la Concordia, significando así que para vivir en paz es necesario no estar enfermo, pues la enfermedad trae el mal humor, y el mal humor genera las rencillas, discordias y luchas amargas.

Colocaban los antiguos á la higiene precediendo á la medicina, porque creían y profesaban que la higiene vale más que los remedios, por buenos y eficaces que se supongan. Estimaban la higiene justamen-